

Lorenzo Meyer

—En el marco general de la evolución del sistema hacia una democracia política, es decir hacia el respeto del sufragio, ¿cómo ve las posibles alianzas plurideológicas en Baja California y en Michoacán?

—Hay una lógica superior a la de quienes consideran que la izquierda no se debe mezclar con la derecha, que se contamina, que está mal ese tipo de maridaje. En realidad obedece al punto medular del proceso político mexicano, a la posibilidad de acabar con un monopolio del poder. La alianza plurideológica, pluripartidista sería como una llave para abrir no sé si la caja de pandora o la puerta a la felicidad, pero es una llave que podría usarse con éxito ya que quedaría el futuro para ir dilucidando las diferencias entre izquierda y derecha, pero ahorita, en el corto plazo, la tarea es la de lograr una fuerza política suficiente para enfrentar al monopolio político.

—Esta idea no sólo es muy clara en el plano estratégico sino táctico, es decir, casi se impone como una tarea inevitable si se quiere llegar a un resultado como el que está describiendo.

—¿De dónde surgen entonces las dificultades para esta alianza?

—En México nunca ha habido un verdadero ejercicio democrático, y además la política tradicional mexicana siempre pone mucho énfasis en la diferencia izquierda y derecha, lo que no ha permitido el diálogo, el quehacer práctico entre ambas tendencias. Quizá si tuviéramos una práctica política democrática las cosas serían distintas; en otros países se dan con frecuencia las alianzas entre contrarios para conseguir un fin inmediato que a ambos beneficia, pues sin la conjunción de esfuerzos no lo consigue ninguno de los dos.

—La renegociación de la deuda externa, si tiene éxito, ¿podría relegitimar al gobierno de Salinas?

Entrevista realizada en abril de 1989.

—Creo que sí. Si es efectiva la solución de la crisis en lo inmediato, quizá la visión del gobierno del grueso de los mexicanos que están descontentos pudiera cambiar, no sería el caso de todos pero sí de muchos.

—Si el impacto benéfico tarda en llegar, ¿qué podría suceder?

—Tal vez, si el gobierno envía al exterior varios millones de dólares menos, y hay un poco más de recursos para hacerle frente a las demandas diferidas, resulta que paradójicamente las frustraciones hasta ahora acumuladas se vuelvan más agudas. Hay una teoría en relación a cambios políticos que señala que los momentos en que las oposiciones adquieren mayor vigor no ocurren necesariamente cuando la situación económica está peor, sino cuando se sale de una larga recesión y hay una especie de luz al final del túnel; se tiene menos miedo a expresarse en los hechos, menos miedo a perder el empleo, en fin, hay un cierto excedente de recursos que conduce a que las cuentas pendientes se traten de cobrar. Por eso si se negocia la deuda pero el liderazgo político no la usa adecuadamente, esa oportunidad pudiera no contar con mayor legitimidad sino con mayores demandas que irían en aumento y que se mezclarían con agravios anteriores. Una negociación no lleva automáticamente al éxito, tiene que haber habilidad política para convencer al ciudadano común y corriente que se está trabajando en su favor, que sus preocupaciones son las del poder público. No es fácil que esto ocurra en una tradición como la mexicana y, sobre todo, con una *élite* política como la que tenemos, tan alejada en su formación del mexicano normal, la que creció en un ambiente enrarecido, distinto, porque desde niños vivieron otra realidad, sería difícil esa empatía con el ciudadano común.

—¿Cómo afectarían al surgimiento de un sistema político de partidos, basado en el sufragio efectivo, las demandas y expectativas de la población?

—Las expectativas ante un sistema nuevo son muchas, se pone en él la esperanza de solución a los problemas que son irresolubles a corto plazo. La democracia no es la solución más eficaz para algunos de los conflictos acumulados durante decenios. Hemos vivido con el mito de la democracia pero jamás con su realidad. Cuando se ponga en marcha se verán sus imperfecciones, tendremos una desilusión, habrá un inevitable desencanto.

—¿Un gobierno elegido en forma libre tendría más capacidad para organizar una respuesta frente a la crisis?

—Dependería mucho de las cualidades y calidades de los liderazgos que en ese momento asuman la responsabilidad política. La legitimidad nueva que da la democracia, si no se maneja con inteligencia y tino, podría gastarse muy rápido, empantarse.

—¿Podría darse una respuesta violenta o ferozmente autoritaria como consecuencia de la profundización de la crisis?

—Sin ser catastrofista, conviene tener siempre en mente esta posibilidad para no pedir soluciones óptimas, conformarse con una realidad imperfecta antes que llegar al autoritarismo. Aquí oposición y gobierno tendrían que estar siempre conscientes de esta posibilidad para no llevar las cosas a los extremos. En el deseo de cambiar un sistema autoritario por otro mejor pudiéramos llegar a circunstancias en las cuales los poderes que se vean amenazados respondan con una medida desesperada, autoritaria, no debemos darles la oportunidad. La última vez que estuvimos en tal situación fue en 1913-1914; no dio resultado el autoritarismo militar, duró muy poco tiempo, pero la tentación de usarlo no ha desaparecido.

—Esto hace pensar en la respuesta que dio la oposición, incluso el pueblo de México, después de los dudosos resultados oficiales de las elecciones de 1988, parece que se atemperó la respuesta por parte de la oposición, ¿no siente que éste es un síntoma alentador?

—Es bastante complejo desentrañar la pasividad que se dio después de que el grueso de los que participamos en el proceso electoral quedamos convencidos de que no hubo juego limpio ahí. Puede ser vista como una especie de resignación histórica, pues nunca nos han dado buenos resultados las utopías a las que hemos acudido muy de tarde en tarde. Hay quizá una especie de pesimismo en el fondo de nuestra cultura cívica, empezamos la vida independiente con una enorme explosión de entusiasmo que duró muy poco, casi un día; después ha habido a lo largo de más de siglo y medio esfuerzos, confrontaciones que terminan en sacrificios enormes y no se avanza gran cosa. Entonces, ¿no habrá un cierto desencanto con la política o de la política por parte de los mexicanos? Cuando se vio que el proceso electoral terminaba una vez más en un fraude, ¿no habría en el fondo de muchos de nosotros la idea

de que así iba a terminar de todas maneras? La experiencia de la revolución no termina en nada semejante a la utopía con que empezó, todo queda otra vez en términos grises: hay un cierto avance en la justicia social, pero no suficiente; hay un cierto avance en la modernización e institucionalización del sistema, pero se mantiene la corrupción, la falta de democracia, la desigualdad social, y el imperialismo que por un momento se repliega vuelve a ocupar las posiciones de las que se había salido. Luego vienen movimientos como los del 58, y el 68, donde al final, otra vez, no se avanza gran cosa y cuestan mucho y parecen ser inútiles. Entonces no es extraño que haya muy poco entusiasmo por lanzarse a un choque abierto y frontal con un gobierno si se piensa que será grande el gasto en sacrificios humanos, pero quién sabe si será tan grande la ganancia.

—¿Coincidiría usted que el fenómeno de 1988 fue producto de una especie de revolución cultural? Y si coincide con ello, ¿hacia dónde apuntaría esa revolución?

—Hay el cambio irreversible, no necesariamente positivo en todos sus aspectos, de una sociedad agraria a una sociedad urbana. El mexicano urbano está en contacto con otra visión del mundo; la televisión, la relación constante con cientos de miles de seres humanos, y la masificación de la educación han ido corroyendo las bases centenarias de la visión rural del mundo mexicano, y han dispuesto al individuo a asumir cierta responsabilidad, a no ser siempre un mero objeto de las estructuras de poder que lo limitan, a expresar su propia opinión, alentado por la prensa, los medios de comunicación, las conversaciones con gente de todas las clases sociales. Hay pues, una revolución que el tiempo ha consolidado en la mentalidad de los mexicanos y los hace menos resignados y más susceptibles a los ejemplos de otros países. Esta irreversible marea cultural apunta hacia las ideas y los valores centrales de los países modernos, y uno de esos valores establece que el individuo tiene la capacidad y el derecho de expresar su opinión política, y que la soberanía reside en el pueblo. De modo que la mayoría de los mexicanos puede entender que hay otros sistemas distintos al nuestro, y que estos valores autoritarios que predominan aquí no son los mejores.

—La falta de tradición democrática, ¿en qué formas concretas dificulta el proceso de modernización?

—La democracia para el mexicano es un sistema teórico, irreal, y en esa idea fantástica de que pese a la existencia de clases y de diferencias personales hay un momento político en que todos somos iguales, se necesitaría un esfuerzo enorme para imaginar la igualdad en un país tan desigual como el nuestro; esa falta de tradición democrática hace que prevalezca ante nuestros ojos la desigualdad que es evidente en todos lados. La supuesta igualdad de la democracia nunca se ha visto confirmada por esas prácticas democráticas que al menos en un momento hacen iguales a todos los ciudadanos.

—¿A qué se debe la preocupación de los Estados Unidos por la fragilidad política de México? ¿Qué consecuencias podría tener el hecho de que las agencias norteamericanas cuenten con información mexicana que nosotros no manejamos?

—La percepción de la debilidad del sistema político mexicano en Estados Unidos no se refiere a análisis particularmente secretos o datos que nosotros no manejemos, creo que manejamos los mismos datos aquí y allá. Son indicadores objetivos los que manejan, el fracaso de un modelo económico que es evidente para todos, no se puede ocultar. Esta crisis del modelo económico los ha llevado a temer que se generalice hacia los aspectos políticos y que se pierda la disciplina política y social en México. Somos una amenaza al interés nacional norteamericano, y lo que los tiene preocupados es que perdió la eficacia el sistema mexicano.

—¿Qué consecuencias tendrá en la política norteamericana hacia México esa convicción?

—Es fácil darse cuenta del problema, pero muy difícil intentar solucionarlo. Los norteamericanos han hecho varios intentos en el siglo XX de intervenir en los procesos internos mexicanos, y nunca hallaron los resultados deseados. A estas alturas de maduración del imperio norteamericano, ya están conscientes de que el poderío norteamericano, económico y militar, no se traduce necesariamente en uno político que permita interferir en los procesos de países como el nuestro. Es muy complicado, se puede iniciar una intervención, pero nadie puede garantizarles cómo terminará. Si no pueden resolver el problema de El Salvador, que es infinitamente más pequeño que el nuestro, creo que no tienen ningún diseño en este momento para hacerle frente a un problema de inestabilidad mexicana; de ahí que consideren que la forma más ade-

cuada es apoyar a quienes tienen ahora el poder; el mismo sistema que criticaron hace cuatro o más años, ahora lo apoyan de manera al menos verbal y quizá no tarden en apoyarlo de una manera sustantiva con la renegociación de la deuda.

—En caso de que viviéramos realmente en un sistema competitivo de partidos, ¿cómo impactaría esto al aparato estatal expansivo que hemos vivido como el eje mismo de la vida mexicana?

—Creo que la expansión del Estado y su crisis es en cierto sentido un fenómeno universal que no depende de las propias condiciones mexicanas. Se da lo mismo en la Unión Soviética, en China, en Europa. Hay una tendencia histórica en la que el expansionismo del Estado ha llegado a un límite y ha empezado a retroceder. Sería distinta la privatización de algunas de las empresas, se discutiría más a fondo cuáles son las áreas en las que el Estado debe o no debe seguir y de qué manera se desprendería de ellas, pero me temo que es un proceso inevitable el detener o reducir la acción del Estado sobre la sociedad.

—Usted habla de un nuevo pacto político que permitiría seguir gobernando a México. ¿Cuáles serían las bases de este nuevo pacto?

—Creo que habría, por un lado, el problema de recuperar legitimidad para los que nos gobiernan y esta legitimidad nueva podría venir por el lado de la democracia. También importante sería el volver a sentir que la economía marcha por una senda positiva y no hacia una caída constante, como está sucediendo ahora; es decir, lograr eficacia en el uso de la fuerza política que aún queda, pues recargar las baterías de la legitimidad que aún quedan por la vía democrática es la única forma aceptable en México y en el siglo XX. El nuevo pacto político tendría que dejar a un lado ese engaño sistemático que ha ocurrido en México, ese divorcio entre las formas legales y las formas reales. Llegaría, creo que ya ha llegado, el momento en que vivamos una congruencia entre las reglas formales y las reales. Esa sería la esencia de un nuevo pacto político.

—¿Entre ello estarían nuevas formas de participación, surgimiento de nuevos líderes, aparición de una nueva clase política?

—Creo que sí. La clase política ha cerrado las puertas a los

altos niveles, es un embudo que excluye la excelencia política que existe en muchas partes del país y que no representan, desde luego, los hijos de antiguos secretarios, gobernadores, etcétera. Incluso la oposición está cayendo en este error, Cuauhtémoc Cárdenas, la señora Marta Maldonado en Baja California; pareciera ser casi requisito indispensable tener un padre, un abuelo que fue importante para acceder a estos grupos. En el nuevo pacto social habría que exigir un proceso de selección, dar a todos la oportunidad de elegir líderes que son desconocidos pero que tienen cualidades.

—¿Cómo se nutriría este nuevo liderazgo político?

—La competencia con formas civilizadas es la mejor forma de nutrir ese liderazgo: la lucha democrática, la lucha de partidos, de grupos, de organizaciones. La sociedad civil organizada presenta multitud de puntos de ebullición política y de ahí se nutren los liderazgos políticos.

—¿Cómo le haría el cardenismo para salir de su purgatorio?

—Si tuvo que aceptar a todos los que llegaron porque estaba en pleno nacimiento, cualquiera que llegaba era bienvenido, ahora tiene que empezar a discriminar, tiene que pedir un compromiso más claro con un proyecto político de largo plazo. Tendrán que salir los oportunistas; aunque claro, si la marcha es demasiado larga, si todo es marcha y nunca se obtiene un triunfo, entonces también ese ejército se desmoraliza, pero el triunfo inmediato tampoco es muy bueno porque entonces entran todos, oportunistas y gente de verdadera convicción. Estamos en el momento de echar fuera a los oportunistas para ver quién es el que tiene convicciones verdaderas.

—A propósito del largo plazo del cardenismo, ¿a qué tipo de mexicanos convoca el cardenismo? ¿Qué tipo de expectativas despierta para ellos?

—Creo que su clientela natural son las clases populares, aunque también ha despertado una buena dosis de simpatía en clases medias, y muy poca en las clases altas. No hay duda de que es el heredero de las tradiciones populistas del pasado. Ahora el problema está en que ese populismo sería muy difícil que funcionara en el futuro, el caso peruano muestra que por ahí no hay una salida tan clara. El gran desafío del cardenismo es reconvertir el populismo original sin abandonar sus compromisos sociales, en una referente de la democracia política, que creo es la vía para la redistribución de la riqueza y

el poder. El cardenismo tiene todavía que clarificarse ante sí mismo y ante el resto del país.

—¿El PAN también necesitaría de una reconversión?

—No necesariamente. Es un partido con una tradición muy coherente. Ya tiene delimitada su clientela, por eso se da ciertos lujos, como por ejemplo ir hoy con el presidente, entrevistarse con él y agradecerle que hayan sacado a ciertos panistas de la cárcel, etcétera. Su identidad ya está establecida a lo largo de 50 años de un proceso político sin momentos épicos pero tampoco con caídas muy estrepitosas. Creo que necesita menos de transformaciones internas.

—Usted ha ubicado al PRI en una posición de centro; éste ha castigado con brutalidad a su propio pueblo. ¿Es ésta una actitud que se pudiera identificar con la de un partido de centro?

—Es de centro por definición programática, dentro de su discurso hay elementos de todos los grupos políticos importantes, de todas las corrientes ideológicas, pero en la práctica es de derecha y no de centro.

—¿Viene un nuevo PRI?

—El PRI es un partido que tuvo enorme éxito; es una de las pocas y genuinas invenciones mexicanas. Su propio éxito lo engolosinó y le impidió cambiar a tiempo. En su historia hubo momentos de cambios fantásticos, de ponerse al día, pero últimamente es más rígido. Si cambia será por las fuerzas externas, porque la sociedad mexicana cambia, por la creación de nuevos actores políticos que en términos relativos le quiten el poder. Mi visión es que el resto de la sociedad mexicana tenemos que hacer que el PRI sea diferente. En la larga marcha pacífica hacia el cambio está destinado a dejar de ser el monopolizador del poder.

Los resultados oficiales de las elecciones son la aceptación desde el PRI-gobierno de que su base está disminuyendo paulatinamente. Desde el triunfo de Obregón —que era el principio o germen del PRI— con el 100 por ciento de la votación hasta el 50 por ciento de ahora hay una disminución histórica que él mismo ha aceptado. Pero no va a dejar de ser fiel a sí mismo, no va a cambiar de *motu proprio*; las partes cambiantes de la sociedad irán reduciendo sus espacios políticos, su poder.